

IDENTIDAD POLÍTICA, CLASE Y MASCULINIDAD: EL BIGOTE EN ARGENTINA, DE ROSAS A YRIGOYEN

POLITICAL IDENTITY, CLASS, AND MASCULINITY:
MOUSTACHES IN ARGENTINA, FROM ROSAS TO YRIGOYEN

Roy Hora¹

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Bigote, Masculinidad, Clase, Identidad política, Argentina	Este artículo aborda la política del pelo en la Argentina del siglo XIX. Se enfoca en las disputas en torno al bigote. Sugiere que, durante la era de Rosas, el modo de lucir este adorno facial estuvo marcado por el antagonismo entre distintas visiones de la república. Más tarde, en la etapa liberal, la política del pelo tuvo determinantes sociales antes que políticos. En una etapa en que bigote y masculinidad se volvieron sinónimos, la cuestión más candente era si los trabajadores del sector de servicios personales tenían derecho a lucir bigotes conforme al ideal de masculinidad entonces dominante. Unas páginas finales exploran la pérdida de relevancia del bigote como emblema de masculinidad en los años posteriores a la Gran Guerra y trazan, de manera muy esquemática, el camino que lleva hasta nuestros días.
<i>Recibido</i> 22-6-2020 <i>Aceptado</i> 9-2-2021	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Moustache, Masculinity, Class, Political identity, Argentina	Styles of facial hair convey meanings about status, politics and attitude. This article explores the significance of facial hair, especially moustaches, in nineteenth-century Argentina. During the Rosas era, I contend, political antagonism largely determined hair styles. This changed after the formation of the liberal state. Social status, rather than political affinity, became the primary determinant of hair styles. Moustaches conferred masculinity and, therefore, struggles revolved around the right, or denial of the right, to wear moustaches. The last part of the article explores the demise of the moustache as a symbol of masculinity after WWI.
<i>Received</i> 22-6-2020 <i>Accepted</i> 9-2-2021	

INTRODUCCIÓN

Hippies y skinheads, soldados y guerrilleros, monjes y artistas, jóvenes y viejos, conservadores y progresistas: no hace falta reflexionar demasiado para advertir que la manera de lucir el pelo –tanto el que recubre la cabeza como el que crece en el

¹ CONICET / Universidad Nacional de Quilmes, Argentina. C. e.: rhora@unq.edu.ar.

Agradezco los comentarios de Lila Caimari, así como las valiosas sugerencias de los evaluadores anónimos.

rostro— expresa visiones sobre condición social, sobre identidad y estatus, sobre roles y actitudes. El cabello es una de las partes más maleables del cuerpo y crece, además, en una de las zonas más relevantes y visibles de la anatomía humana. Desde el punto de vista biológico, es un elemento constitutivo del cuerpo, pero, a la vez, su forma no está determinada sino muy parcialmente por la naturaleza. Aunque físico y personal, el cabello pertenece al mundo público más que al íntimo o privado. No extraña, por tanto, que la manera de lucir el pelo sirva para subrayar elecciones o rasgos de personalidad y, sobre todo, para expresar o reafirmar pertenencias e identidades.²

Estas consideraciones también importan para las sociedades de otros tiempos. Podría agregarse incluso que la validez del argumento de que la semiótica del pelo encuentra su principal clave de interpretación en el campo de lo social es todavía más relevante para el pasado que para el presente. En las sociedades contemporáneas, conforme las identidades tradicionales se resquebrajan ante el avance del individualismo, el imperio de una lógica cada vez más centrada en la elección personal se refleja en estilos de lucir el cabello muy singulares, complejos y plurales. En etapas anteriores de la historia humana, en cambio, cuando la identidad de grupo poseía mayor gravitación y fijeza en el tiempo y, por tanto, cuando el espacio para la elección personal en éste y otros planos se hallaba más acotado, la semiótica del pelo se revela, si no más sencilla de descifrar, al menos más comprensiva, estable y uniforme. De allí que, al igual que en ese otro sistema de signos análogo, aunque menos íntimo que es la vestimenta, todo lo que gira en torno a los modos de exhibir el cabello ofrece valiosos indicios para la comprensión de las sociedades de otros tiempos.

A partir de esas premisas, este artículo explora algunos de los significados y las disputas con los que el vello facial se encuentra asociado en la Argentina. Se refiere a la barba y, por razones que quedarán claras a lo largo del trabajo, de manera privilegiada al bigote. Inspirados en las intuiciones pioneras de investigadoras como Joan Scott (1986) y Judith Butler (1990), varios estudios han mostrado que, en ciertas sociedades y en determinados contextos, estos adornos faciales no eran meros ornamentos cuyos usos posibles estaban reglados por el capricho personal. Las maneras de lucirlos estaban socialmente restringidas y, en muchos casos, eran constitutivas de lo que Connell ha llamado *formas hegemónicas de masculinidad* (Connell 1995). En la Inglaterra del siglo xvii o en el Imperio Otomano, por caso, un hombre sin barba era tenido por un sujeto incompleto (Fisher 2001). Este ensayo muestra que, también en la Argentina, el modo de exhibir el pelo facial poseía una relevancia que iba más allá del gusto personal. Ofrece otro ejemplo de que la manera de lucir barbas y bigotes, cambiante en el tiempo, sujeta a pujas y conflictos, pone de relieve la historicidad del cuerpo masculino y la naturaleza inestable de sus significados.

Llamar la atención sobre este punto es importante porque el predominio de los estudios de género enfocados en el cuerpo femenino ha resultado en una cierta subesti-

2 Dos panoramas generales en Synnott 1987 y Bromberger 2008.

mación de los problemas históricos asociados al cuerpo masculino. Este desbalance es comprensible, además de políticamente irreprochable. Pero una de sus consecuencias problemáticas es que toda una serie de interrogantes referidos al cuerpo del varón han recibido escasa atención. Y ello, por su parte, ha contribuido a la persistencia de visiones algo fijas y estereotipadas de lo masculino. Este desbalance no es exclusivo de la historiografía argentina, pero ésta lo reproduce.³ Este trabajo argumenta, además, que la importancia de alcanzar una mejor comprensión de la historia del cuerpo masculino no radica solamente en su posible contribución a una visión más comprensiva de las relaciones de género, sino que, al mismo tiempo, nos permite explorar de maneras originales ciertos problemas tradicionales de la historia social y política. En este sentido, el artículo se propone mostrar que una cuestión aparentemente trivial como el vello facial ilumina discusiones más amplias sobre identidades políticas y masculinidad, jerarquía social y autoridad.

El artículo comienza presentando un somero panorama de la historia de la barba y el bigote en la Europa occidental que sirve de marco para presentar la experiencia argentina. Luego gira la atención hacia el Río de la Plata. Explora, en particular, dos momentos de la historia local del cabello masculino. Muestra que, en las décadas centrales del siglo XIX, los estilos de lucir el pelo estuvieron sobredeterminados por el conflicto entre rosismo y antirrosismo y se asociaban a visiones alternativas de la república. En el último tercio del siglo XIX, conforme el Estado liberal impuso su dominio sobre los cuerpos y las mentes de los habitantes del territorio nacional, el pelo se convirtió en un campo de disputas más propiamente sociales. La cuestión más candente era si los varones de las clases populares tenían derecho a lucir bigotes de acuerdo al ideal de masculinidad dominante. En un punto, lo que estaba en juego en esas luchas era si la nación liberal admitía la igualdad de todos los hombres. Unas páginas finales exploran la pérdida de relevancia de los conflictos en torno al pelo y trazan, de manera muy somera, el camino que lleva hasta nuestros días.

BARBAS Y BIGOTES

En las sociedades del occidente europeo, el prestigio de la barba y el bigote creció y menguó a lo largo de los siglos. Estudios como el de Bromberger (2008) nos alertan sobre cuán difícil resulta simplificar un panorama muy complejo y diverso, con numerosas variaciones sociales y regionales. A los fines de este trabajo, basta señalar que, en la Edad Media, la exhibición de barbas y bigotes gozó de amplia aceptación, y lo mismo

3 Al respecto, Tosh 2005, p. 331. Parte considerable de los estudios sobre masculinidades en América Latina están centrados en las creaciones textuales de las elites letradas. Véase, por ejemplo, Peluffo & Sánchez Prado 2010. Del mismo modo, las masculinidades asociadas a la diversidad sexual han recibido más atención que las dominantes o hegemónicas. Para una aproximación a la literatura sobre el caso argentino, véase Inchausti & Peralta 2018, pp. 91-117. Una valiosa introducción a los estudios históricos sobre género en América Latina, en French & Bliss 2007.

sucedió en el Renacimiento (Bartlett 1994, pp. 43-60; Fisher 2001, pp. 155-87). Por ello no deja de sorprender cuán profunda y extendida fue la reacción contra el pelo que se abrió camino a fines del siglo XVII y se impuso en la siguiente centuria. La era de la Ilustración, recuerda Richard Corson, se caracterizó por la supresión casi total de la barba y el bigote del rostro de los hombres de rango y posición (Corson 1965, p. 302).⁴ El ascenso de la cultura de la civilidad empujó a estos adornos faciales hacia los márgenes de los usos socialmente aceptables. Barbos y bigotes sólo mantuvieron su vigencia entre grupos que se ubicaban por fuera de la sociedad cristiana, como los judíos. Para el resto, el rostro limpio (con frecuencia complementado con una peluca, también destinada a ocultar el vello que cubre el cráneo) se impuso con la fuerza de una norma.

Diversos estudios muestran que, en el Siglo de las Luces, un hombre educado debía afeitarse por razones estéticas, pero también porque el vello facial parecía ocultar la cara y enturbiar la expresión, interfiriendo en el trato y la comunicación. El énfasis en la importancia del rostro rasurado reflejó la primacía de una visión expresiva, a la vez metafórica y real, de la relación entre cuerpo, mente y espíritu (Oldstone-Moore 2015, Evans & Withey 2018). Se trata, para decirlo con Weber, de una afinidad electiva entre ideas sobre lo social y representación del cuerpo. Tan poderosos fueron los ideales civilizatorios propios de esa “Era de la Razón” que un déspota ilustrado como el zar Pedro el Grande impuso un tributo a sus súbditos (nobles, mercaderes o campesinos) que, en homenaje a la tradición y en rechazo a las ideas del siglo, optaron por permanecer barbados (Rosenthal 2004, p. 3).

Hubo, sin embargo, algunas excepciones en las que conviene detenerse. El bigote reafirmó su legitimidad en los cuarteles, donde quedó asociado con formas de la masculinidad centradas en la celebración de las virtudes guerreras. Y aunque se trata de un fenómeno extendido a toda Europa, esto fue especialmente cierto en la Francia revolucionaria. El bigote se identificó tan estrechamente con la idea de una masculinidad caballeresca y guerrera que su uso se volvió obligatorio en varios regimientos del ejército de la república, como los húsares. La era napoleónica confirmó y continuó esta tradición. Así, por ejemplo, el bigote fue parte del uniforme que vestía la Guardia Imperial, el cuerpo armado más prestigioso de lo que entonces era el primer ejército de Europa.

En Francia, ya entrado el siglo XIX, el bigote también se ganó el favor de otros grupos volcados sobre sí mismos y dotados de una fuerte identidad colectiva, amén de críticos del orden establecido. Artistas, jóvenes dandis y socialistas saintsimonianos también exhibieron, desafiantes, su labio superior cubierto de pelo. Entre estos actores, el bigote pasó a simbolizar su rechazo a las formas de decoro y autoridad predominantes en el mundo político y el campo artístico y, más generalmente, en la sociedad y la cultura de impronta aristocrática o burguesa (Oldstone-Moore 2005).

Hasta mediados del siglo XIX, el rostro limpio imperó en toda la Europa occidental, con salvedades parecidas a las que mencionamos para Francia. En España, el bigote no

4 También Rosenthal 2004, p. 3 y Bromberger 2008, pp. 38-9.

tuvo más hogar que el cuartel (Maxwell 2015, pp. 51-76). La cara rasurada también se impuso en Gran Bretaña. Según Walton, en el período 1841-1847, con una sola excepción, todos los hombres que ocuparon una banca en el Parlamento lucieron su cara rasurada (Walton 2008, pp. 229-245). También en los Estados de habla alemana la barba y el bigote levantaron sospechas. En Viena, donde reinaban los Habsburgo, el rostro afeitado fue la norma; lo mismo sucedía en Prusia y los reinos y principados que se extendían hasta el Báltico (Maxwell 2015, p. 57). Las excepciones, otra vez, remiten a la cofradía de las armas y de los disidentes de los campos artístico y político. Ello explica por qué, en 1840, el joven Federico Engels, entonces residente en la ciudad de Bremen, se propuso exhibir su disconformidad con las convenciones del orden establecido invitando a sus amistades a una fiesta de bigotes. Al evocar el evento en una carta a su hermana Marie, Engels sostenía que no había mejor forma de “horrorizar a los filisteos” que “luciendo un bigote”.⁵

Pero no por mucho tiempo. Cuando Engels pronunciaba estas palabras, el imperio del rostro rasurado comenzaba a languidecer. Desde la década de 1840, el bigote y la barba reingresaron a los grandes escenarios del poder civil: la alta burocracia, la corte, el club, la universidad, la empresa. De manera nada sorprendente, la nueva moda parece haberse originado en Francia. En 1843, Juan Bautista Alberdi visitó al general San Martín en París y reparó en cierto anacronismo: “no usa patilla ni bigote, a pesar de que hoy lo llevan por moda hasta los más pacíficos ancianos”.⁶ Alberdi tenía el ojo entrenado para opinar sobre estos asuntos: no por nada unos años antes había sido editor de *La Moda*.

En Gran Bretaña, el vello facial se impuso un poco más tarde, tras el fracaso de las revoluciones del 48 y la derrota del movimiento cartista. En el clima conservador que dominó a esa segunda mitad del siglo, la relación entre el bigote y las posturas ideológicas extremas desapareció. El pelo facial primero ganó legitimidad gracias al humor marcial que acompañó la marcha de las tropas británicas hacia Crimea (1853-56), en lo que fue el mayor conflicto europeo de la centuria posterior a la derrota de Napoleón. Pero su mayor logro fue traspasar las puertas de los cuarteles para conquistar el rostro civil. El largo período de paz que sucedió a Crimea, más que dificultar su avance, contribuyó a promoverlo. Ello fue posible por la asociación del pelo en el rostro con nuevas visiones sobre la masculinidad que ganaron espacio en ese período de conformismo ideológico y afirmación de soluciones políticas conservadoras, pero también de hondas transformaciones económicas y de las relaciones de género (Oldstone-Moore 2005).

Desde la década de 1850 y hasta la Gran Guerra, el pelo dominó el rostro de los varones europeos. A lo largo de esas décadas de paz y crecimiento económico, y de repliegue de la cultura de la guerra, los hombres remarcaron, de manera civilizada, su

5 Federico Engels a Marie Engels, 29/10/1840, en Marx Engels Collected Works, vol. 2, p. 510, disponible en: https://marxists.catbull.com/archive/marx/works/1840/letters/40_10_29.htm.

6 *Caras y Caretas*, 17/8/1918, p. 108.

costado animal. Al mismo tiempo, en un período de reformulación de las identidades de género, el pelo sirvió para reafirmar la autoridad masculina en la empresa, la calle y el hogar. En la era victoriana, barbas y bigotes fueron percibidos como una expresión de rasgos de carácter altamente valorados, tales como determinación y fortaleza, autonomía y templanza y, por supuesto, virilidad. Estos adornos incluso se ganaron el respaldo de la ciencia: muchos médicos argumentaron que lucirlos era saludable y que contribuían a potenciar la vitalidad del varón.

En síntesis, en ese período de desarrollo industrial y urbanización, de expansión de la economía de mercado y de redefinición de los roles y los estereotipos de género, el vello facial pasó a representar la superioridad “natural” del hombre sobre la mujer y de los varones más fuertes y vigorosos sobre los débiles y afeminados (Walton 2008). Charles Darwin y Karl Marx ofrecen ejemplos conocidos de la nueva imagen del rostro masculino, en su versión patriarcal, forjada en esos años. Para los más jóvenes, el foco estuvo centrado en el bigote más que en la barba. Un relato de Guy de Maupassant de 1883 capta bien la importancia de este adorno facial como emblema de la belleza y la virilidad. En uno de los mayores elogios al bigote escritos en lengua francesa, el discípulo de Flaubert puso estas palabras en boca de una joven aristócrata: “un hombre sin bigote deja de ser un hombre. No me gusta mucho la barba que casi siempre da un aspecto desaliñado, pero el bigote, ¡ay, el bigote!, se hace imprescindible en una fisonomía viril”.⁷ Alfonso XII, Humberto I, Jorge V y Friedrich Nietzsche ilustran algunas de las variaciones y peculiaridades del momento de apogeo de esta nueva representación del rostro masculino (fig. nº 1).

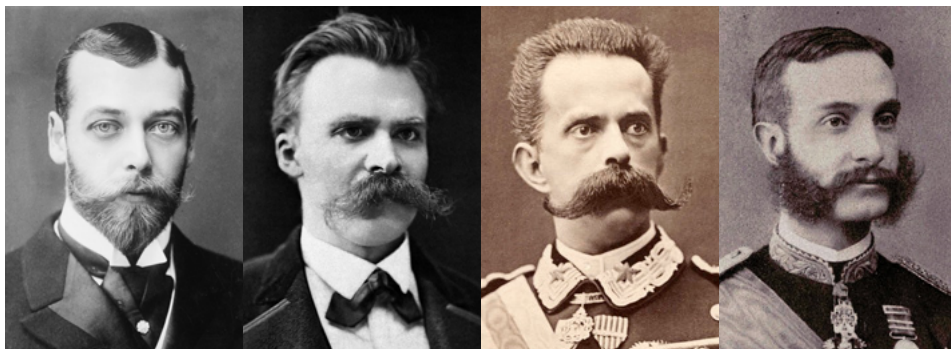


Fig. nº 1. De izquierda a derecha, Jorge V, príncipe de Gales (1893), el filósofo Friedrich Nietzsche (circa 1875), Humberto Primo, rey de Italia (1882) y Alfonso XII, rey de España (circa 1878). Fuente: Wikipedia Commons.

Al ampliar el lente es fácil constatar que los países que veían a París, Londres, Viena o Berlín como los grandes focos de la alta cultura del período se inclinaron ante el in-

7 Guy de Maupassant, “El bigote”, disponible en: https://www.literatura.us/idiomas/gdm_bigote.html.

flujo de esta moda. En un mundo cada vez más conectado, no debería sorprender que, en muy poco tiempo, el pelo en el rostro ganara terreno entre las elites de la periferia. Es lo que se advierte, por ejemplo, en Estados Unidos. Allí, el “estigma social” asociado al pelo en el rostro se revirtió completamente en el curso de las décadas de 1840 y 1850 (Demaree 2017, pp. 159-176; Kimmel 2011, pp. 44). Hay, sin embargo, singularidades y excepciones a este panorama. El caso de Hungría constituye uno de ellos. En el curso del siglo XVIII, la dinastía alemana de los Habsburgo afirmó su dominio sobre el reino magiar. Budapest debió subordinarse al poder de los ejércitos de Viena. En ese contexto, el bigote se consagró como un emblema de resistencia nacional a la dominación extranjera, de particular visibilidad en el período de ascenso nacionalista de la primera mitad del siglo XIX. Así, mientras en Austria imperaba el rostro limpio, en Hungría se exhibían, desafiantes, los espesos bigotes magiars. Extendida en todas las clases sociales, la moda húngara del bigote fue política (Maxwell 2015). No fue el único caso.

EL PELO EN EL ROSTRO EN LA ARGENTINA FEDERAL

En efecto, la disputa política también signó una de las estaciones del derrotero del bigote en la Argentina decimonónica. Pero, a diferencia de Hungría, el modo de lucir este adorno fácil expresó los dilemas de una comunidad fracturada por la lucha política y la guerra civil. No fue un bigote nacional sino partisano, cuyo apogeo coincidió con la era rosista. Por supuesto, el punto de partida fue similar al de España y la Europa occidental, ya que en el período virreinal el rostro afeitado siempre estuvo asociado al refinamiento y la urbanidad. Emblema de un orden civilizado, no tiene nada de extraño que los gobiernos republicanos nacidos tras el derrumbe del imperio conservaran esta manera de concebir el rostro del buen ciudadano.

Tras la ruptura con España, ningún hombre que pretendiese ocupar un lugar en los círculos sociales más encumbrados o en la elite dirigente exhibía su labio superior o su pera cubiertos de pelo. Como un eco de las costumbres prevalecientes en París, Londres o Madrid, las excepciones a este patrón quedaron circunscriptas a la esfera militar. También en el Plata el bigote fue, ante todo, un distintivo asociado con la fraternidad de las armas. Quienes gobernaban poblaciones y ciudades siempre optaron por la cara limpia: sólo las patillas y, más tarde, la ocasionalmente denominada barba unitaria, que contorneaba la mandíbula y cubría el bozo, pero dejaba al descubierto los pómulos y la pera, eran compatibles con formas civilizadas de masculinidad.

Tanto es así que no sólo Bernardino Rivadavia y José María Paz, sino también Manuel Dorrego, Juan Manuel de Rosas y Justo José de Urquiza exhibieron su cara afeitada. Igualmente, Esteban Echeverría y el ya mencionado Alberdi, así como, por regla general, los integrantes de la elite del poder en el medio siglo posterior a la independencia. Domingo Sarmiento también llevó su rostro limpio. Hay que notar, sin embargo, que el autor de *Civilización y barbarie* fue uno de los que se dejó crecer patillas y bigote, de manera temporaria, cuando se transmutó en guerrero. Un conocido daguerrotipo de

1852 nos lo muestra, integrando el ejército de Urquiza, como un fiel seguidor de la moda militar francesa tanto en lo que se refiere al uniforme como a la exhibición de su cabello. Sin embargo, fuera de la cofradía militar, el rostro solía presentarse afeitado. Una rápida mirada a las imágenes de los congresales de 1816 o a los constituyentes de 1853 –conjuntos, sin duda, representativos del grupo dirigente– revela que quienes portaban barba o bigote, probablemente por su condición militar, constituían una minoría.

Sin embargo, la moda argentina de las décadas centrales del siglo XIX no fue un mero eco de lo que sucedía en los países que servían de patrón de medida para definir los límites de lo culto y civilizado. Y todo indica que, como en Hungría, el principal factor que produjo esta diferencia fue político. La intensidad de la disputa por el poder en la era de Rosas produjo una novedad en este campo. En esas dos décadas de vasta movilización, la política del cuerpo alcanzó uno de sus puntos más altos en toda la historia nacional. Como es sabido, estilos de vestimenta y colores adquirieron un claro significado político: la levita y el celeste representaron el universo unitario, y el traje de paisano y el rojo punzó, el federalismo rosista.⁸ El vello facial también ingresó en ese juego de oposiciones. Podría agregarse incluso que la semiótica del pelo es quizás más reveladora de la manera en que los actores percibían la naturaleza de los antagonismos políticos que la semiótica del color (para cuya interpretación aún no tenemos claves valederas). Dotada de una considerable densidad política e histórica, vale la pena ocuparse brevemente de ella.

Es sabido que los unitarios solían lucir largas patillas y a veces barbas en forma de “U”, que dejaban la pera y los pómulos descubiertos. Esta moda resulta previsible, ya que se ajusta a los patrones estéticos imperantes entre las elites metropolitanas. Lo que debería llamar la atención es lo que sucedía del otro lado de la cerca, marcado por la identificación del rosismo con el bigote. Esta aproximación comenzó a gestarse en 1831, mientras Rosas, gobernador de Buenos Aires (1829-32), alistaba su ejército para enfrentar a la Liga Unitaria del general Paz, que entonces dominaba el interior. En esas circunstancias, Rosas volvió obligatorio el uso del bigote entre sus tropas. La adopción de este adorno facial no tuvo nada de azarosa. La inspiración vino de la Francia republicana. Al igual que el gorro de manga que, desde comienzos de la década de 1820, vestía el regimiento de Colorados del Monte y que, en 1831, también ingresó a la bandera de la Confederación –eco local del gorro frigio, símbolo de la república y la libertad (Halperin Donghi 2001, p. 158)–, el bigote evocaba el imaginario político republicano. Pero no de cualquier república: era el emblema de una república que había sido forzada a tomar las armas en defensa de su libertad.

La asociación entre bigote y república guerrera se confirma cuando recordamos las peculiares circunstancias que rodearon la consagración de este ornamento facial ya no sólo como parte del uniforme de las tropas, sino como distintivo de la comunidad federal en su conjunto. Dos hitos merecen atención en la forja de esta afinidad electiva

8 Para un tratamiento reciente, Salvatore (2018, pp. 169-202).

entre el bigote y la idea rosista de república en armas. El primero fue la llegada del Restaurador de las Leyes, por segunda vez, a la gobernación de la provincia de Buenos Aires (1835-38). El dramatismo de las jornadas de marzo-abril de 1835 es conocido. En febrero, el asesinato del caudillo federal Facundo Quiroga en Barranca Yaco desencadenó una profunda crisis política. En medio de rumores sobre complots unitarios y temores de guerra civil, Rosas fue elevado por segunda vez a la gobernación bonaerense, dotado de poderes extraordinarios. Para subrayar el dramatismo de la ocasión, sus partidarios se hicieron presentes en la Legislatura que le concedió la "Suma del Poder Público" vestidos de rojo y luciendo bigotes; los afeitados o de bigote ralo se ataviaron con bigotes postizos.⁹ Unos meses más tarde, denunciaba Rivera Indarte: "el bigote y el chaleco colorado era uniforme obligatorio de todo ciudadano de Buenos Aires".¹⁰ El bigote se convirtió, pues, en un emblema de adhesión a la república rosista, a la idea de república de excepción.

Un segundo momento, la gran crisis político-militar de 1839-1840, reforzó esta asociación. En ese momento, el rosismo vivió su hora más difícil: desafiado por la invasión del ejército unitario de Lavalle, el levantamiento de los estancieros del sur de la provincia de Buenos Aires y la agresión de una flota francesa, el destino de la Confederación de Rosas quedó en entredicho. Para salvar a la república, todos los hombres en condiciones de combatir debieron tomar las armas. En esas circunstancias, la presencia del bigote se hizo más ubicua. En septiembre de 1839, mientras las tropas de Lavalle avanzaban sobre Buenos Aires, el comando del ejército decretó su uso compulsivo "como señal de esterminio a los unitarios" y "en señal también de la guerra esterminadora y eterna que haremos todos los federales libres a los piratas inmundos franceses enemigos de la libertad americana".¹¹ Para entonces, decía una autoridad militar, eran "muy pocos los milicianos" que se habían presentado en el cuartel sin bigotes. Allí les fue recordado que debían conservarlos "mientras dure la guerra contra los pérfidos salvajes unitarios y sus imbéciles aliados los incendiarios franceses".¹²

En esas dramáticas circunstancias, "interín la América no consolide su entera libertad", el bigote federal dominó los rostros de los varones que habitaban la Federación.¹³ Exhibirse en público sin ese distintivo se convirtió en un acto que expresaba falta de compromiso con el destino de la nación. Quien no lo luciera podía caer en desgracia: delación, violencia, arresto, acaso muerte. Los integrantes de la Mazorca, nos recuerda

9 Enrique Martínez, 1849. *Memorias; Para la historia. Efemérides sangrientas de la dictadura de Juan Manuel de Rosas*. Montevideo, pp. 68-9; un relato en Di Meglio (2007, p. 70).

10 José Rivera Indarte, 1843. *Rosas y sus opositores*. Montevideo: Imprenta del Nacional, p. 255.

11 Citado en Andrés Lamas, 1849. *Apuntes Históricos sobre las agresiones del dictador argentino don Juan M. Rosas contra la independencia de la República Oriental del Uruguay. 1828 á 1838. Artículos escritos en 1845 para El Nacional de Montevideo*, Montevideo, XLIX.

12 Prudencio Ortiz de Rosas a Manuel Corbalán, 2/9/1839, Secretaría de Rosas, A.G.N., Sala X, legajo 24-4-3, citado en Palombo 2005.

13 *Para la historia*, p. 69.

un testigo, tenían orden de “apalea a todo el que encontrásemos sin chaleco colorado, sin bigote.”¹⁴ Es que un rostro limpio era, por definición, el de un enemigo. Tanto es así que el paso a las filas del antirrosismo solía ir acompañado de actos públicos de afeite y renuncia al bigote (Ibarguren 1930, pp. 363-4).

En su condición de suprema autoridad civil de la república, y al igual que Napoleón, Rosas mantuvo su rostro rasurado (al menos, no tenemos registro de que se hubiera dejado crecer el bigote). El caso del coronel Francisco Crespo, capitán del puerto de Buenos Aires, nos recuerda que este privilegio era exclusivo de Rosas. A Crespo la ruindad de la naturaleza le impedía lucir vello facial. Ello lo instó a dirigir una carta pública al Restaurador en la que expresaba su pesar por no poder integrar “la gran porción de sus conciudadanos que en reuniones públicas se invitaron y comprometieron a usar bigotes” y, a continuación, solicitaba permiso “para ser autorizado a no usarlo”.¹⁵ Según una tradición oral recogida por Paul Groussac en su *La divisa punzó*, cuando Crespo debía comparecer ante Rosas, no cometía la imprudencia de presentarse “todo afeitado”, y optaba por lucir un postizo.¹⁶

Obras como *Cargas de caballería* (1839) y la *Payada en una pulpería* (1840), salidas del pincel de Carlos Morel, o el *Soldado de la guardia de Rosas*, pintado por Raymond Monvoisin (1842), nos ofrecen buenos ejemplos de esos rostros federales, poblados por gruesas patillas y frondosos bigotes.¹⁷ Pero en el bigote rosista había algo más que celebración de motivos asociados a la defensa armada de la república. Los componentes antielitistas del régimen también lo significaron. El bigote se convirtió en un instrumento con el que humillar y disciplinar a los grupos socialmente predominantes, esto es, el sector social donde se reclutaban sus principales opositores. Para apreciar este aspecto conviene enfocar la atención en el modo en que la cuestión fue abordada en los relatos de algunos de sus críticos.

Andrés Lamas nos ha dejado un testimonio elocuente acerca del significado del bigote para la elite letrada rioplatense. En un artículo periodístico que publicó en 1845, durante su exilio montevideano, Lamas criticó el uso del bigote para subvertir las jerarquías sociales. El dictador que proscribió el frac e hizo pegar con breva moños colorados en la cabeza de las damas, se quejó Lamas, “principió por hacer pintar bigotes con corcho quemado a sus generales”. Además de imponerle a todos los altos oficiales del ejército el distintivo de su facción, el dictador ordenó que “llevasen bigote como signo de esterminio y luto por su finada mujer como domésticos de su casa”.¹⁸ Para figuras

14 Pedro C. Ávila, Órdenes privadas del General D. Juan Manuel Rosas en la Revolución de 1840 y abril de 1842. Lima: Imprenta y litografía de Justo Montoya, p. 28. Citado en Zubizarreta 2018, p. 174.

15 Antonino Reyes a Solano Riestra, s/f., citado en Palombo 2005.

16 Paul Groussac, *La divisa punzó*, escena VIII, accesible en http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-divisa-punzo-epoca-de-rosas/html/ff3a26f8-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html.

17 Sobre estas obras, Amigo 2013.

18 Lamas, *Apuntes Históricas*, pp. LI-LII.

como Lamas, pues, el bigote representó algo muy distinto que el emblema de una nación en lucha por su supervivencia. Expresaba, ante todo, la naturaleza antielitista del régimen rosista. La obligación de lucir un adorno que igualaba a las elites con los sirvientes y los hombres del común revela hasta qué punto Rosas se hallaba dispuesto a agredir y humillar a los educados y los poderosos.

La visión que nos ofrece Esteban Echeverría en *El matadero* comparte este punto de vista. Esa célebre impugnación al rosismo también sitúa al bigote en el marco de una política antielitista. Como es sabido, el cuento se enfoca en la agresión de que es víctima un joven unitario, torturado hasta la muerte por la plebe del matadero porteño. Entre las vejaciones que sufre el héroe de Echeverría, ocupa un lugar destacado el afeitado de la barba unitaria. Para sus victimarios, no exhibir el bigote rosista constituye una falta, que invita al castigo: “ya estás afeitado a la federala, solo te falta el bigote. A no olvidarlo.”¹⁹

Tras el derrocamiento de Rosas y el derrumbe de la república de excepción, el carácter agonal de la política del pelo se atenuó. Sin embargo, una década de división entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación, seguida por otra signada por varios levantamientos federales, hicieron que, para los hombres de Buenos Aires, la asociación entre apariencia facial y la forma de la comunidad política no desapareciera. La relación se volvió menos intensa y, sobre todo, su foco experimentó un desplazamiento. Desaparecida la república en armas, el bigote, su gran distintivo, cedió protagonismo. Y cobró más relieve la temática del enfrentamiento entre dos universos, el de la barbarie hirsuta y el de la civilización de cabello pulcro y cuidado.

Muerte, despojo y degüello de Romano Pezzuti Pilloni en Pavón, pintura de Baldassare Verazzi de 1862, ofrece una buena ilustración de esta manera de representar el drama político argentino (fig. n° 2). La obra de este reconocido artista italiano aborda un episodio de la batalla que derrumbó a la Confederación y abrió el camino para que las tropas de Buenos Aires conquistaran el interior federal e impusieran a Mitre como primer presidente de la Argentina unificada. Verazzi evoca ese triunfo de una manera oblicua, a través del martirio del ayudante de campo del general Paunero. En la pintura, el capitán del ejército porteño yace en el suelo, mientras varios soldados confederados saquean sus pertenencias. Uno de ellos se prueba sus botas, mientras otro se aleja con la casaca, la pistola y el sable. El oficial también ha sido despojado de su pantalón. Presentados como una expresión de la barbarie, con sus uniformes colorados y sus gorros de manga, los soldados confederados llevan el pelo largo y sus rostros aparecen cubiertos por largas barbas y espesos bigotes. El oficial martirizado, en cambio, es retratado como un hombre de facciones suaves, que luce el cabello corto y el rostro afeitado. Las diferencias fenotípicas –blanca es la piel del soldado porteño, trigueña la tez de los confederados– refuerzan el contraste entre ambos universos.

Otros dos detalles subrayan el mensaje central de la composición. En el extremo derecho, se observa una cabeza degollada. El corte de cabello y la ausencia de pelo en

19 Esteban Echeverría, 1963. *La Cautiva. El Matadero*. Buenos Aires: Kapelusz, p. 93.

el rostro indican que se trata de otra víctima de las tropas confederadas. En el otro extremo, a la izquierda, un integrante de la guardia nacional porteña se encuentra caído. El soldado extiende la mano implorando clemencia, mientras un confederado se acerca para ultimarle. El hombre de Buenos Aires lleva su pelo recortado. Guerrero al fin, también luce un bigote, aunque pequeño y cuidado, como era frecuente entre los integrantes de la guardia nacional porteña (es lo que se observa, por caso, en obras de León Pallière como *Guardia nacional en la Plaza de la Victoria* (1858) y *Partida de la guardia nacional de Buenos Aires para la campaña de Pavón* (1862)). Para la década de 1860, la república en armas había desaparecido y la Confederación agonizaba. Desplazado el bigote rosista del centro del escenario, en el rostro de los hombres todavía se libraba una lucha entre la civilización y la barbarie.



Fig. nº 2. Baldassare Verazzi, *Muerte, despojo y degüello de Romano Pezzuti Pilloni en Pavón*, óleo sobre cartón (1862), colección privada. Fuente: Wikipedia Commons.

LA APOTEOSIS DEL BIGOTE

En el último tercio de siglo, esta oposición entre bárbaros cubiertos de pelo y civilizados de cara limpia perdió relevancia. Desde la década de 1840, la gravitación de la moda europea ya empujaba en esa dirección. Un escenario local más dominado por la cultura capitalista, por el avance del individualismo y por la pacificación de las costumbres abrió el camino a nuevas representaciones del cuerpo del varón. Sin embargo, la

consagración del pelo en el rostro como distintivo de una masculinidad ya no bárbara sino civilizada fue lenta. Y es dudoso que la configuración de una nueva semántica del pelo pudiera imponerse sin la paralela afirmación del Estado liberal. La nueva representación del cuerpo masculino que volvió compatible el pelo en el rostro con la urbanidad y el refinamiento sólo pudo ganar plena legitimidad cuando la dimensión popular y antielitista de la vida política se opacó.

En efecto, consagrada en Francia en la década de 1840 y en Europa el curso de la década siguiente, la moda del bigote dominó el rostro civil de los argentinos cuando el rosismo y el federalismo popular ya podían verse como fenómenos del pasado. Desde la década de 1860, su expansión fue cada vez más veloz. Y cuando el general Roca juró como presidente, el uso de este adorno facial se había vuelto poco menos que universal entre los varones adultos, cualquiera fuese su edad, su relación con las armas o sus preferencias políticas. A partir de ese momento y hasta la Gran Guerra, la exhibición del bigote tuvo carácter poco menos que imperativo entre los hombres de fortuna, poder o posición. La barba, en cambio, dependía más de gustos personales, aunque era más frecuente entre los entrados en años.

Prácticamente no hay figura pública de la era oligárquica que no exhiba su labio superior cubierto de pelo. De Avellaneda a Victorino de la Plaza, los diez presidentes de del período 1874-1916 lucieron bigote (en siete casos, además, acompañado por barba). Lo mismo se observa, sin excepción, entre los presidentes del Jockey Club de ese período. No muy distinto es el panorama entre diplomáticos y parlamentarios. O entre los directivos de la Sociedad Rural, la Unión Industrial o la Bolsa de Comercio o la masonería. Los higienistas convivieron gustosos con el vello facial. Por supuesto, los críticos del orden político fueron parte de la cofradía del pelo en el rostro, de Leandro Alem a Bernardo de Irigoyen. El bigote también reinaba entre la generación más joven, casi siempre sin el acompañamiento de la barba: lo lucieron Hipólito Yrigoyen (algo ralo), Marcelo T. de Alvear (muy elaborado, de estilo francés, a veces también conocido como borgoñón) y, por supuesto, el egocéntrico Alfredo Palacios (muy prominente) (fig. n° 3).

Palacios nos brinda un ejemplo notable del bigote como emblema del cuerpo masculino vigoroso y saludable, que evocaba tanto la destreza física como el erotismo y la potencia sexual. El diputado socialista ofrece un testimonio elocuente de las posibilidades que este adorno tan prominente abría al exhibicionismo narcisista, un tipo de exhibicionismo que, entrado el siglo xx, fue desapareciendo del rango de lo posible incluso para las personalidades más extrovertidas. Tanto es así que, si algo llamaba la atención en la *performance* del primer diputado socialista de América no era su bigote sino, más bien, su melena. Para los contemporáneos era “el melenudo Palacios”, sin que su bigote, sostenido a costa de grandes dosis de cera y cuidados cotidianos, fuese motivo de mayor comentario.²⁰

20 Carlos Senillosa a Juan Antonio, Julio y Ernesto Senillosa, 2/12/1904, en Archivo Senillosa, 2-6-1, AGN.

Más a la izquierda, el bigote también reinaba soberano, como lo ilustra el caso de Pietro Gori (fig. nº 3), que en esto no se diferenciaba del resto de la cofradía anarquista. No muy distinto era el panorama en el otro extremo del arco político-religioso. El tupido bigote de José Manuel Estrada nos revela que también los católicos compartían este código. En resumen: entre los hombres de poder y posición, entre los que aspiraban a ocupar posiciones de liderazgo, y cualquiera fuesen sus preferencias políticas o ideológicas, el bigote reinaba soberano. Hay una excepción que, una vez más, confirma la regla: los sacerdotes católicos. Los religiosos conformaban el único segmento de las elites dirigentes que exhibía su cara limpia. Y esto era, claro, porque habían abdicado su condición de varones para entregarse a su dios. Sólo los hombres que habían renunciado a ejercer su virilidad podían aceptar esa mutilación sin mancillar su honor.



Fig. nº 3. De izquierda a derecha: el anarquista Pietro Gori (circa 1900), el socialista Alfredo Palacios (circa 1910), el radical Marcelo T. de Alvear (circa 1895) y el autonomista Carlos Pellegrini (circa 1895). Fuente: Wikipedia Commons.

¿Y qué hay de las clases populares? Lo que Tosh (2005) registraba hace algunos años para Gran Bretaña todavía vale para el caso que estamos considerando: enfocados en el alto mundo social, los estudios sobre masculinidad no se han hecho demasiadas preguntas sobre la condición y las preferencias de las mayorías. Más atentos al mundo de las creaciones textuales que al de las prácticas sociales, y más interesados en las elites que en las mayorías, es poco lo que nos informan sobre la manera en que los hombres del común vivían su condición de varones. Esta ausencia es de lamentar por cuanto deja en un cono de sombra una temática crucial tanto para entender la cultura popular como la relación de las mayorías con los grupos de poder y posición.

Todo principio de respuesta debe partir de la premisa de que, en una sociedad republicana muy moldada por el cambio social y la inmigración, el alto y el bajo mundo social no eran compartimientos estancos (Losada, 2008). La calle, la empresa, la cancha de paleta y el hipódromo constituían espacios de encuentro y reconocimiento. Las imágenes que poblaban las páginas de los periódicos ilustrados, muy abundantes en

el período, nos dicen que el pelo facial era ubicuo entre las clases populares. Y nos revelan que, al igual que en la cumbre de la sociedad, el bigote se hallaba más extendido que la barba. Las fotografías de Cristiano Junior y Harry Grant Olds, grandes retratistas del mundo del trabajo del último cuarto del siglo XIX, nos cuentan la misma historia desde otro ángulo. Arribamos a la misma conclusión al observar las fotografías con que la policía de la ciudad de Buenos Aires identificaba a los “ladrones conocidos”. Allí se ven bigotes por doquier, muy similares en forma y tamaño a los que predominaban en el parlamento o el Jockey Club.

De hecho, las descripciones del rostro de los varones de ese tiempo, independientemente de su condición social, suelen hacer mención a las peculiaridades del bigote: color, forma, abundancia de pelo, tamaño, solían ser objeto de prolija descripción. Y toda una serie de observaciones que hoy nos resultan extrañas nos recuerdan cuán intensa podía ser la relación con este adorno facial: el bigote se atusaba, se retorció, se mordía, se acariciaba, se peinaba. Sin duda, existían distintas maneras de lucir el vello facial, algunas propias del mundo criollo y otras asociadas a tradiciones europeas, así como importantes diferencias en el interior de ambos conjuntos. El hecho de que los nativos fuesen, por regla general, más lampiños, nos presenta una imagen donde, en lo que a pelo se refiere, sobresalen los descendientes de europeos. Todavía nos falta aprender mucho sobre la relación entre la manera de lucir el bigote y los rasgos de personalidad, sobre posibles diferencias que remiten a condición etaria, a posición social, a expectativas y ambiciones, a cultura urbana y rural. Pero al margen de esta diversidad, y de sus posibles causas, lo que aquí importa subrayar es la enorme relevancia del bigote también para el heterogéneo universo de hombres del común. Cuando el periódico sindical *La Gastronomía* celebraba al bigote un “precioso adorno que la naturaleza ha concedido al hombre” nos revela la vigencia de un ideal de belleza que hoy nos resulta difícil comprender e incluso percibir, pero que poseía enorme significación para los hombres de la era liberal.²¹

Es que, al igual que el bigote de elite, el popular evocaba, de manera directa, la fuerza física y la potencia sexual, la hombría y el valor personal. Aunque relevantes para todos los hombres, estos atributos lo eran quizás en mayor grado para los trabajadores, que tenían menos familiaridad con las destrezas intelectuales y, por ende, asignaban enorme importancia a las formas físicas de la masculinidad. Pobres en capital económico y cultural, el cuerpo era su principal activo y la fuerza física era el instrumento que les permitía expresarlo y valorizarlo. En ese sentido, el bigote era un elemento intrínseco a su definición como varones.

Un artículo aparecido en *Caras y Caretas* en 1891 (cuando esta publicación todavía se editaba en Montevideo), que lleva por título “Lo que debe ser el hombre”, nos ofrece una prueba de esta íntima conexión entre bigote y personalidad masculina. Todo varón que se preciara de tal, se dice allí en tono jocoso, debía poseer “corazón de roca,

21 *La Gastronomía*, citado en *El País*, 30/4/1903.

carne de perro, fuerza de león. ¡Mucho bigote! ¡Mucho nervio! ¡Gran puño!”²² En esa sociedad, ser calificado de “imberbe” era, si no siempre un insulto, la atribución de un estado de inmadurez o inferioridad que tenía un sentido más profundo y sustantivo que el aludido por el general Perón en su famoso discurso contra los jóvenes montoneros del 1 de mayo de 1974. De hecho, la relevancia del bigote convertía la aparición de pelo sobre el labio superior en un mojón en el pasaje entre la niñez y la vida adulta; era un “solemne acontecimiento que registran los anales de todo muchacho”.²³ Por todo ello, y para decirlo con las palabras de otro artículo aparecido en 1907 en la más popular de las revistas argentinas de ese tiempo, el bigote era el “símbolo facial de la virilidad y de la fuerza”.²⁴

Tan íntimamente identificado con la condición de varón estaba el bigote que las mujeres que poseían vello facial eran tildadas de “marimachos” y, como se observa en un verso popular recogido por Robert Lehmann Nitsche hacia 1900 (“a la mujer bigotuda de lejos se la saluda”), eran objeto de escarnio y discriminación.²⁵ “Las mujeres carecen de tal apéndice, pero conozco algunas que muestran claramente la verdad de la teoría de la adaptación al medio, pues en armonía con sus costumbres varoniles les ha brotado un bigote”, se lee en otro artículo periodístico.²⁶ Todos estos testimonios nos sugieren que, más que expresar masculinidad, el bigote la producía.

El bigote pervivió entre los hombres de armas tras el ocaso del rosismo. Olvidados los excesos de esa era de crueles enfrentamientos, muchos soldados continuaron luciéndolo, tanto en el ejército de línea como en la guardia nacional. Pero, en el fin de siglo, el uso del bigote militar parece haberse extendido y dotado de nuevos significados. A tal punto el bigote del hombre de armas pasó a evocar ya no sólo la figura del guerrero sino también el poder masculino que, en la década de 1900, su uso se volvió parte del uniforme de la policía de la Capital Federal (Barry 2009). Los reclutas-ciudadanos del nuevo ejército nacido de la Ley Riccheri (1901) también lo hicieron suyo: las fotografías que han llegado hasta nosotros revelan que los conscriptos se enorgullecían de sus bigotes.

En resumen, para las clases populares de las tres o cuatro décadas previas a la Gran Guerra el bigote constituía un distintivo de masculinidad apreciado por su belleza, pero aún más importante por cuanto reflejaba poder, autonomía y virilidad, y porque inspiraba respeto y revestía de autoridad a quien lo portaba. A la luz de esta evidencia debemos concluir que, tal como sugiere Judith Butler, en aquella sociedad, más que un “ornamento” externo, el bigote debe ser concebido como un elemento constitutivo de un cierto

22 *Caras y Caretas*, 1/2/1891, p. 5.

23 *Caras y Caretas*, 4/10/, p. 2.

24 *Caras y Caretas*, 14/9/1907, pp. 27-9.

25 Victor Brode [Robert Lehmann-Nitsche], 1981. *Textos Eróticos del Río de la Plata: Ensayo Lingüístico sobre textos sicilípticos de las regiones del Plata en español popular y lunfardo recogidos, clasificados y analizados por el autor*. Buenos Aires: Liberia Clásica.

26 *Caras y Caretas*, 4/10/1891, p. 2.

tipo histórico de masculinidad (por lo que la idea misma de adorno, usada libremente en este texto, debe tratarse con cuidado) (Butler 1990). Intrínseco a la definición de varón, constitutivo de la personalidad masculina, el bigote era una sinécdoque de la masculinidad. No todos los trabajadores lo lucían tan prominente como Palacios o el general Pablo Riccheri. Pero no hay dudas de que un hombre sin bigote era un hombre incompleto.

Todo esto se confirma cuando dirigimos la atención hacia el universo de los rasurados. Al igual que entre las elites, también entre las clases populares había un conjunto de personas desprovista de pelo facial. Pero dado que estamos hablando de sujetos subalternos, es bueno tener presente que la inclusión de una persona en la categoría de los afeitados no debe concebirse, como en el caso de los sacerdotes, como si se tratara de una renuncia. Más bien corresponde tratarla como una restricción, nacida o asociada a una condición de inferioridad. Por sobre todas las cosas, era una manifestación de su sometimiento al poder privado de otros sujetos. Es por ello que, llegado este punto, mirar el problema atendiendo a la cuestión de la jerarquía social es central para entender aspectos centrales de la política del pelo en la Argentina liberal.

DISPUTAS POR EL DERECHO BIGOTE

Desde la década de 1880, el personal de servicio de las clases altas vio sus bigotes amenazados. La hostilidad de los poderosos hacia el bigote de sus empleados domésticos nos dice mucho sobre el tipo de transformaciones que experimentaba la sociedad finisecular. En esos años signados por el incremento del poder de la elite y el mayor refinamiento de sus costumbres, el trato con los empleados y sirvientes se volvió más reglado y distante. La construcción de protocolos de conducta más elaborados también vino acompañada de un fuerte énfasis en la necesidad de darle mayor visibilidad a estos nuevos ideales jerárquicos. Todo ello era importante para realzar la jerarquía de sus patrones. Eficiencia, pulcritud y elegancia, pero privadas de todo rastro de independencia o altivez, debían ser las virtudes cardinales de un sirviente.²⁷

En este contexto, el bigote fue combatido con el argumento de que reflejaba formas arrogantes e irrespetuosas de conducta, impropias de sujetos que se hallaban sometidos a una autoridad superior. Su presencia recordaba que, debajo del uniforme o la librea, también latía el cuerpo de un varón, con todos los riesgos que ello implicaba (sobre todo para las familias con mujeres jóvenes). De allí que la eliminación del bigote fuese parte de una iniciativa dirigida a degradar la condición masculina de los sirvientes, de modo de elevar y volver más explícitas las barreras entre distintos mundos sociales. Quitarle el bigote a los domésticos, se lee en el diario *Tribuna*, era “una precaución oportuna para muchos dueños de casa”, pues servía para prevenir que “el mozo que va a servir el té, sea saludado finamente como si se tratara de un invitado”.²⁸

27 Sobre el alto mundo social y el servicio doméstico, Losada 2008, pp. 98-9 y Allemandi 2017.

28 *Tribuna*, 20/6/1903.

Los sirvientes que desempeñaban tareas como cocheros se contaron entre los blancos predilectos de esta avanzada disciplinadora. Los cocheros de familia eran tenidos por figuras problemáticas, entre otras razones porque realizaban su labor en un ambiente de cierta intimidad con sus empleadores, pero, a la vez, en estrecho contacto con el mundo exterior y expuestos a la mirada inquisidora del público. Bisagras en la conexión entre el hogar de sus patrones y la calle, sus faltas a los protocolos de buen servicio eran particularmente visibles. No sólo eso: desde el punto de vista de los aurigas, la exposición a la que eran objeto volvía más costosa, en términos personales, la sumisión a la autoridad patronal a la vez que, desde el punto de vista de sus empleadores, y por las mismas razones, la hacía más necesaria. Eugenio Cambaceres, gran retratista de la clase alta de esos años, se detuvo en estos personajes. En una de sus novelas más conocidas, *Sin Rumbo*, de 1885, atribuye a su protagonista, Andrés, una profunda animadversión hacia estas figuras: “Los cocheros de bigote eran su bestia negra, no los pasaba, no los podía sufrir ... ¡Canallas y todos tenían bigote!”.²⁹ Víctor García Mansilla dejó reflexiones similares.³⁰

En pocos años, estos sacrilegios dejaron de ser tolerados, al menos entre el personal de servicio de los hogares que aspiraban a imponer el tono a las costumbres del alto mundo social. No sólo los cocheros debieron afeitarse. *La Prensa*, el gran diario de avisos clasificados, ofrece numerosos ejemplos de trabajadores que buscaban colocación haciendo referencia explícita a su condición de varones de cara rasurada. Estos anuncios eran incluso más frecuentes en las páginas del otro gran matutino, *La Nación*, sin duda por su mayor proximidad con la elite social. “Mucamo de comedor, con frac y sin bigote, se ofrece”; “mucamo o portero, sin bigote, se ofrece con recomendaciones a satisfacción, para casa particular o negocio”; “mucamo francés, se ofrece con buenas referencias, con frac y sin bigote”; “mucamo anciano, sin bigote, que sabe su obligación, se ofrece con buenas referencias”, se lee en algunos avisos de los últimos años del siglo XIX.³¹ Para entonces, claro, el personal de servicio de clubes de elite como el Jockey Club se encuadraba dentro de estos parámetros, pues también caía dentro de la categoría de varones disminuidos en su autonomía y virilidad. Poco a poco, grupos sociales menos prominentes también empujaron en la misma dirección.³²

¿Qué resultados produjo esta presión sobre una categoría laboral de considerable importancia (que los censos del período estiman, para la ciudad de Buenos Aires finisecular, en no menos de 20.000 trabajadores (Allemandi 2017, pp. 60-61), esto es, no menos del 10% de la fuerza laboral? Es difícil saberlo, aunque no parecen haber sido insignificantes. En 1912, el periódico sindical *La Acción Obrera* describía ya no sólo a

29 Eugenio Cambaceres, 2010. *Sin rumbo*. Buenos Aires: Agebe, p. 56.

30 Daniel García Mansilla, 1950. *Visto, oído y recordado*. Buenos Aires: Guillermo Kraft, p. 185.

31 *La Nación*, 13/7/1898, 26/7/1898, 10/8/1898, 11/8/1898. Estos avisos todavía se encuentran en vísperas del Centenario (por ejemplo, *La Nación*, 26/11/1909).

32 Fray Mocho, “Bordonenando”, *Caras y Caretas*, 13/1/1900, p. 29.

los sirvientes de la elite, sino a todo el “gremio vejado de los domésticos” como a un grupo de hombres “acostumbrados a cortarse el bigote [...] hechos al ultraje de palabra y de hecho”.³³

No puede descartarse que algunos trabajadores se sintieran a gusto con el rostro afeitado. Hasta donde podemos juzgar a partir de testimonios impresos, la imagen que les devolvía la sociedad no admitía la legitimidad de esta elección. La crítica no venía solamente de voceros de la izquierda política o sindical como el que acabamos de citar. En todas partes, la manera en que eran concebidos los varones afeitados enfatizaba la existencia de una personalidad desviada del patrón de masculinidad dominante o, alternativamente, alguna forma de imposición. Una evidencia de ello lo ofrece el hecho de que, por esos años, entre los abusos cometidos por la policía contra la integridad de los detenidos de condición subalterna, se contaba el afeite del bigote.³⁴ Los condenados a prisión también eran obligados a llevar su cara rasurada, como símbolo de su sometimiento y evidencia de su vergüenza. Era la marca, infamante, de los hombres ultrajados, de los que habían sido expulsados del mundo patriarcal.

RESISTENCIAS Y CONFLICTOS

La mejor prueba de que la obligación de rasurarse era vista como una expulsión del paraíso la obtenemos al observar las resistencias que esta exigencia despertó entre los varones del común. Tres episodios ayudan a perfilar la naturaleza y los alcances de estos conflictos. El primero fue la huelga de jinetes del hipódromo de Palermo del invierno de 1893. Ese año, las autoridades del Jockey Club sancionaron un nuevo reglamento de carreras que, entre otras cosas, forzaba a los jinetes profesionales a competir afeitados. Esta exigencia era parte de las iniciativas con que el Jockey Club, decidido a acentuar los rasgos elitistas del espectáculo hípico, pretendía disminuir el protagonismo de los jinetes, para el mayor lucimiento de los caballos y sus poderosos propietarios.

No es casual que esta disputa por el estatus de los jinetes tuviera lugar en la década de 1890. En esos años, la posición de los jockeys estaba cambiando. El hipódromo comenzaba a atraer multitudes. Al calor de la profesionalización del espectáculo hípico, los jockeys estaban incrementando sus ingresos muy por encima de los trabajadores manuales y, además, ganaban renombre. Pero, reclutados en los estratos inferiores, y con frecuencia rurales, del mundo popular, cargaban con el lastre de su origen subalterno. En una sociedad en la que la élite se estaba tornando más rica, más gravitante socialmente, y además aspiraba a elevar su relieve público, el choque era inevitable. La crisis se produjo en 1893, cuando el Jockey Club conminó a los jinetes a afeitarse. En respuesta, los jockeys amenazaron con una huelga. Quitarse el bigote, protestaron, los disminuía en su masculinidad y afectaba su independencia. La renuncia al uso del

33 Alcides Atahualpa, “¡Alerta, domésticos!”, *La Acción Obrera*, 30/11/1912.

34 J. M. Pintos, “Conferencia”, *Caras y Caretas*, 14/9/1907, p. 57.

bigote, agregaron, los colocaba “en el ridículo de tener que sobrellevar la afrenta que como pena corporal se aplica tan solo en nuestros establecimientos penitenciarios”.³⁵

Sin embargo, pronto quedó claro que escribir las reglas del espectáculo más popular de una nación dominada por la pasión ecuestre estaba más allá de las posibilidades de los jinetes. El hecho de que el Carlos Pellegrini, que entonces se encontraba en la cima de su carrera política, estuviese al frente del Jockey Club cuando tuvo lugar el conflicto, ofrece una buena idea de la desigualdad de recursos entre los contendientes. La protesta fue pronto doblegada y los jinetes, humillados, debieron presentarse ante el público feminizados, como si fueran sirvientes.³⁶

Distinto fue el resultado de la protesta de los conductores de carruajes de alquiler de 1903. Ese año, los dueños de vehículos impusieron a sus trabajadores la obligación de afeitarse. Los aurigas resistieron, amenazando a sus empleadores con “una terrible huelga si no se les dejaba ostentar en su labio superior el adorno capilar llamado bigote”.³⁷ En ese sector integrado por cientos de pequeñas empresas, los patrones no tenían espaldas tan anchas como los señores del Jockey Club. Ante una protesta que pronto se tornó generalizada, no tuvieron más remedio que retroceder. Los cocheros conservaron sus bigotes. Bastante más intensa fue la presión que, ese mismo año, sufrieron los trabajadores del sector gastronómico. Dada la escala del conflicto y la mayor disponibilidad de fuentes para analizarlo, lo referiremos con un poco más de detalle.

A fines de abril de 1903, cocineros, pasteleros, confiteros y mozos fueron conminados a rasurarse. La iniciativa provino de los grandes hoteles, las empresas más poderosas dentro del amplio y muy diverso espectro de firmas del sector. El afeitado no era un tema menor, recordaba el roquista *Tribuna*, toda vez que “la mayoría de los mozos de hotel y restaurant de Buenos Aires llevan bigote, ya a la borgoñona, ya a la Humberto I, que es la mayor dosis posible de bigote”.³⁸ Nuevamente, como en el caso de los empleados domésticos, los jockeys o los cocheros, se trataba de volver más visible la condición servil, subalterna y feminizada, de los empleados. Así, por ejemplo, al privar a los mozos de sus bigotes, se lee en la prensa, quedaba despejado “el temor de que los confundan con los huéspedes”.³⁹ Pero, a diferencia de los empleados en el servicio doméstico que vivían bajo el techo de sus patrones que carecían de organización y no poseían mayores recursos para resistir la presión de empleadores, entre los gastronómicos abundaban los trabajadores calificados, esto es, asalariados no sólo bien remunerados y difíciles de reemplazar, sino también conscientes de su rango y orgullosos de su dominio del arte de la cocina y el servicio de la mesa. No en vano se proclamaban no

35 *El Campo y el Sport*, 10/6/1893.

36 Al respecto, *Hora* 2014, pp. 99-113.

37 *Tribuna*, 20/6/1903.

38 *Tribuna*, 20/6/1903.

39 *Tribuna*, 20/6/1903.

trabajadores sino “artistas culinarios”. Y muchos de ellos no creían que un gran bigote debiera ser un privilegio reservado al rey de Italia.

Sin la colaboración de asalariados muy conscientes de su condición de especialistas, hoteles, cafés y restaurantes difícilmente pudieran ofrecer un servicio a la altura de las exigencias de su clientela. De allí tomaron su fuerza las voces indignadas de los “artistas culinarios”. En un folleto que vio la luz en esos días, convocaron a una “protesta unánime contra la tiránica exigencia de los patrones”. Ese “atropello infamante”, argumentaban, iba a someterlos a “la más inhumana de todas la iniquidades”.⁴⁰ Al día siguiente, casi mil gastronómicos se reunieron para denunciar la humillación de que eran objeto. ¿Y quién mejor que el vanidoso Alfredo Palacios, orador invitado, para condenar la “inicua pretensión” de los patrones y, ante el aplauso de la concurrencia, instarlos a no ceder en una disputa donde algo tan preciado como su dignidad estaba en juego?⁴¹

A lo largo de tres semanas, los gastronómicos se mantuvieron en alerta, amenazando con abandonar cocinas y bandejas. Finalmente, los patrones se dieron por vencidos. La disputa no estuvo exenta de choques, como el que, según relataba *Tribuna*, se produjo en uno de los hoteles más importantes de la ciudad, el Royal, donde “volaron bandejas como Santos Dumont num. 8 y las cabezas sufrieron caricias de botellas y cubiertos arrojados con velocidades variables hasta que intervino la policía”.⁴² Mozos y cocineros no eran una fuerza de trabajo que se doblegaba dócilmente ante los caprichos de sus empleadores.

En el curso de esas jornadas de movilización, los gastronómicos fueron sumando nuevas demandas, referidas a remuneraciones y condiciones laborales, muchas de las cuales los empresarios se vieron obligados a atender para que cesara la protesta. Así nació un tribunal mixto, integrado por trabajadores y patrones, destinado a zanjar disputas laborales. Los mozos, por su parte, ganaron para su sociedad gremial un mayor control del reclutamiento de nuevos trabajadores. Sin embargo, el proyecto de crear una federación que reuniese a los distintos sindicatos por oficio del heterogéneo universo laboral gastronómico se frustró, boicoteada por los propios trabajadores.⁴³ Debió pasar casi medio siglo para que, al calor de una iniciativa lanzada desde arriba, una organización que comprendiese a toda la rama de actividad caminara sus primeros pasos. Hasta la llegada del peronismo, los trabajadores más calificados y mejor remunerados siempre se resistieron a compartir su suerte con los estratos menos privilegiados del mundo gastronómico.

Todo esto nos revela que, en el fondo, lo que empujó a este muy diverso conjunto de trabajadores a cerrar filas fue un tipo muy específico de presión patronal. Sin la ofensa al honor que suponía la exigencia de renunciar a su gran símbolo de virilidad,

40 *El País*, 30/4/1903.

41 *La Prensa*, 1/5/1903.

42 *Tribuna*, 22/5/1903.

43 *El Diario*, 20/5/1903; *La Nación*, 22/5/1903.

difícilmente se hubiera producido una movilización tan amplia y generalizada. Así lo confirma la trayectoria previa de la protesta en este sector. En una nota sobre el conflicto, *La Protesta Humana* celebró que el “personal de hoteles y cafés”, que hasta entonces había permanecido “casi totalmente apartado de la vida societaria”, por fin hubiera sacado a relucir su fibra combativa.⁴⁴ Sin embargo, el periódico libertario parecía no querer recordar que la movilización de los gastronómicos, además de responder a un patrón singular, también tenía su linaje. Una década y media antes, los empleados de hoteles, restaurantes y cafés habían protagonizado una huelga de enormes proporciones, quizás la más importante que la Argentina había conocido hasta entonces.⁴⁵ En 1887, estos trabajadores se habían alzado contra el proyecto de imponerles un sistema de control laboral (una libreta de trabajo controlada por sus patrones) que recortaba su libertad para cambiar de empleo y, desde su punto de vista, asimilaba su condición a la del servicio doméstico. La huelga de 1887 fue un acto de rechazo a un requerimiento percibido como injustificado e ilegítimo: una agresión a sus derechos como trabajadores, pero, por sobre todas las cosas, una afrenta a su condición de hombres libres (Hora 2020, pp. 335-6).

En 1903, al igual que en 1887, el reclamo de los gastronómicos no giró en torno a los temas tradicionales de la agenda del trabajo. Se situaba más allá de cuestiones como el nivel de remuneraciones y las condiciones laborales. Estos asuntos estuvieron presentes, pero subordinados a una preocupación mayor. El gran tema en discusión era cuál era el estatuto social de los asalariados del sector de servicios en la sociedad liberal finisecular. ¿Tenían los mismos derechos que los poderosos? ¿Eran iguales a los que servían? ¿Podían reclamar un trato de iguales? ¿O pertenecían a una categoría inferior, subalterna? Para estos trabajadores, lo que estaba en disputa era el derecho a ser tratados como varones plenos, con todo lo que ese reconocimiento suponía en términos de honor, respeto y dignidad (lo que, por supuesto, tenía claras implicancias en el plano de las relaciones laborales). Si algo reclamaban, pues, era no ser privados de los privilegios que todo hombre libre gozaba en esa sociedad patriarcal. Esto se pone bien de relieve en una nota aparecida en *Tribuna* que hacía referencia a una de las dimensiones –la relación con las mujeres– donde mejor se expresaba la relevancia de lo que estaba en juego en esta lucha por el bigote. Decía así:

[...] los cocineros también son hombres, y renunciar al bigote sería para ellos renunciar a la felicidad. Los días de salida, esos días que ellos dedican a sus galanteos, serían para los cocineros en busca de cónyuge un martirio horrible, pues el peligro de ser tomados por sacerdotes en vacaciones les atisbaría por todas partes.⁴⁶

Pertenencia inequívoca al mundo masculino, afirmación de la personalidad, honor y dignidad: todas estas cuestiones estaban muy lejos de ser insignificantes. Y ello

44 *La Protesta Humana*, 13/6/1903.

45 *Sud América*, 20/1/1888.

46 *Tribuna*, 20/6/1903.

nos obliga a reparar en que, contra lo que predicaban o deseaban los socialistas y los anarquistas, las protestas que estamos describiendo no fueron concebidas por sus protagonistas bajo el prisma de las luchas contra las iniquidades intrínsecas al orden capitalista. Es probable que esos conflictos contribuyeran a para poner de relieve el egoísmo de los empleadores y ofrecieran enseñanzas sobre las injusticias de la organización social. Sin embargo, no debemos caer en el error, muy frecuente en la historiografía sobre el mundo del trabajo, de sobreestimar la centralidad de las identidades y de los conflictos de clase de la Argentina oligárquica. Estas dimensiones constituían sólo uno de los tantos planos en las que se forjaba la experiencia popular. Había otros “martirios horribles” que justificaban la protesta de estos trabajadores. Y, en casos nada triviales, como el que estamos considerando, la voz del John Stuart Mill que proclamaba que “sobre sí mismo, sobre su cuerpo y mente, el individuo es soberano” pesaba tanto o más que la del Karl Marx que sostenía que “la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases”. De hecho, Palacios fue más aplaudido por mozos y cocineros cuando se refirió al “despojo del bigote como un atentado a la dignidad humana” que cuando describió esa agresión como un aspecto de la lucha entre explotadores y explotados.⁴⁷ Al fin y al cabo, como nos recuerda *Tribuna*, los bigotes que los mozos deseaban proteger se inspiraban en Humberto I más que en (los igualmente bigotudos, pero sin duda menos célebres) Filippo Turatti o Errico Malatesta.

Y esto es así porque la fuerza que lanzó a estos trabajadores a la acción fue, como en otras disputas de ese tiempo, el deseo de reconocimiento e inclusión. Detrás de la lucha por el bigote no se ocultaba otra disputa que la de un conjunto de hombres que reclamaban ser tratados como varones plenos, tan varones como el que más. Reparar en este punto es importante porque, en una sociedad como la argentina de comienzos del siglo xx, conflictos de esta naturaleza, más que socavar la cohesión social o acentuar las divisiones de clase, movilizaban las expectativas de integración de los grupos subalternos y reforzaban visiones de naturaleza no clasista sino liberal del orden social. ¿Cuán extendido se encontraba este modo de concebir la sociedad entre los trabajadores y más en general las clases subalternas? Este no es el lugar indicado para intentar responder una pregunta tan compleja. Pero conviene tener presente que, cuando el cuerpo político se reconfiguró con la reforma electoral de 1912 y las elecciones se volvieron más inclusivas y transparentes, el resultado no fue el ascenso de los partidos que proponían una visión clasista de la sociedad (ya fuese de signo moderado y reformista o revolucionario), sino la victoria de radicales y conservadores, es decir, de organizaciones partidarias que se sentían herederas del orden liberal y constitucional forjado desde 1853 y de la nación celebrada de manera entusiasta tanto por elites como por hombres del común en el Centenario de la Revolución de Mayo (Hora 2019, pp. 64-5).

47 *La Nación*, 22/5/1903.

EL OCASO DEL BIGOTE

A partir de los años del Centenario, el bigote perdió significación como emblema de masculinidad. Como tantas otras veces, el impulso vino de afuera. Las primeras impugnaciones nacieron en Estados Unidos, donde el afeitado regular y el rostro limpio ya estaban ganando terreno desde el cambio de siglo. Los norteamericanos fueron pioneros en la forja de nuevos estilos masculinos que enfatizaban el vigor y el empuje, y la capacidad de iniciativa, siempre asociados a un trato menos formal y empacado que el predominante en la jerárquica Europa. La celebración de las virtudes juveniles, el deporte y la vida atlética, también contribuyeron a dar legitimidad a un rostro lozano y limpio, asociado con estos valores (Bundgaard 2005, Oriard 1993). No es casual que Estados Unidos liderara el desarrollo de afeitadoras eficientes y baratas, como las que hicieron la fortuna de King Camp Gillette. Gracias a estas afeitadoras de hojas intercambiables, los que deseaban rasurarse regularmente dejaron de depender de la navaja o del barbero. En 1917, cuando Estados Unidos entró en la Gran Guerra, todos los soldados americanos viajaron al frente con una Gillette en su mochila (Oldstone-Moore 2011, pp. 49-55; Kimmel 2011).

Para entonces, sin embargo, no eran sólo los estadounidenses los que le habían dado vuelta la cara a la barba y al bigote. En Europa, la Primera Guerra Mundial empujó en la misma dirección. Las trincheras fueron decisivas para erosionar su prestigio. El poster con que Gran Bretaña convocó al alistamiento en 1914 mostraba a un Lord Kitchener de gruesos bigotes invitando a sus conciudadanos a tomar las armas. Un par de años más tarde, esta imagen se había vuelto menos seductora. En medio del barro y el frío, el pelo en el rostro fue denunciado como un enemigo de la higiene personal y como un promotor de infecciones y enfermedades. Tras el nacimiento de la guerra bacteriológica, el pelo facial sumó nuevos cuestionamientos, ya que constituía un impedimento para el uso seguro de la máscara antigás. En 1916, el año que comenzó la conscripción obligatoria en Gran Bretaña, el bigote dejó de formar parte del uniforme de su ejército. En Francia, el cambio fue más lento. Aun así, el abandono del bigote por parte de británicos y sobre todo de los estadounidenses hizo crecer la asociación de este adorno con el estilo marcial y autoritario de los imperios centrales (Oldstone-Moore 2011, pp. 49-55).

En la Argentina, empujada por la americanización de las costumbres, la moda de la cara limpia avanzó con rapidez. Este cambio nos está diciendo algo importante sobre el giro en las referencias culturales que, incluso sin que muchos terminaran de advertirlo, estaban recreando la vida pública de esta república austral. A pocos meses de iniciada la Gran Guerra, *Caras y Caretas*, que mantenía su lugar como el semanario más popular del país, dio a conocer un cuento en el que un empleado público renunciaba al bigote para manifestar su rechazo a la causa alemana.⁴⁸ La identificación del

48 Julio Castellanos, "Las consecuencias de la guerra", *Caras y Caretas*, 10/10/1914, p. 46.

bigote con las culturas más militaristas y autoritarias se estaba replicando localmente. En la década de 1920, uno de sus emblemas fue el general José Félix Uriburu, conocido germanista. Fuera de esos ambientes, el pelo en el rostro estaba en retroceso. “Aféitate el bigote, que ya ningún ‘hombre’ lo usa”, constataba un periodista en 1921.⁴⁹ El registro fotográfico muestra que, para entonces, la declinación de pelo en el rostro ya estaba muy extendida entre las nuevas generaciones. Entre los estudiantes universitarios se estaba convirtiendo en patrimonio de una minoría. En lo que a apariencia se refiere, los jóvenes ya no querían recorrer la senda de sus mayores (fig. nº 4). *Incipit vita nova*.



Fig. nº 4. Estudiantes universitarios, Córdoba, 1918. Fuente: Wikipedia Commons.

El ocaso del bigote se enmarcaba en el proceso de transformación más general de las relaciones de género que tomó impulso tras el fin de la Gran Guerra. En el curso de la década de 1920, la emergencia de nuevas modas y estilos masculinos asociados a la americanización de las costumbres contribuyó al retroceso del varón como figura indiscutida de autoridad en el seno del hogar, como protagonista exclusivo de la vida pública y como única encarnación legítima de la figura del trabajador. En esos años, las rígidas divisiones de género forjadas en el medio siglo previo comenzaron a ser desafiadas, dando lugar a avances modestos pero significativos de la mujer sobre territorios –desde el empleo calificado hasta los estudios superiores y las profesiones– que hasta entonces le estaban vedados. Y esto vino acompañado de una nueva *performance* pública de la mujer, especialmente visible en las nuevas generaciones. No

49 Joaquín Frade Goitía, “Siga el corso”, *Caras y Caretas*, 19/3/1921, p. 42.

sólo en Nueva York, París o Londres, sino también en México y Buenos Aires, cobró forma una nueva figura juvenil, la “mujer moderna”, o *flapper*, que reclamó el derecho a una vida más independiente y a un trato más igualitario entre generaciones y entre hombres y mujeres. Conducir automóviles y fumar en público simbolizaron el deseo de emancipación de las jóvenes, así como el derecho a lucir el pelo corto (Zdatny 1996, pp. 23-65; Tossounian 2020).

La estética ocupó un lugar tan central en la nueva imagen femenina que la joven moderna fue descripta (y agraviada) en México como una “pelona” (Rubenstein 2009) y, en la más liberal Argentina, calificada (de manera ciertamente menos agresiva) de “melenita”. En la Argentina de entreguerras, el avance de las nuevas generaciones de mujeres tuvo límites sociales precisos, ya que su núcleo se concentró en las clases medias y altas urbanas de las grandes ciudades del litoral. Aun así, la “melena” perdió su condición de atributo varonil. Tanto es así que uno de los tangos más exitosos de esos años, que evoca las artes de seducción de una bella joven, lleva el nombre de *Melenita de Oro* (1922).

“¿Tiene derecho la mujer a usar melena?”, se interrogaba *Caras y Caretas* en 1924. Y daba una respuesta positiva a la pregunta apoyándose en el argumento de que la manera de lucir el cabello no dependía de otro dictado que el de la moda. El mismo razonamiento valía para los varones: “hoy van completamente rasurados la mayoría de los hombres, sin que por eso sean menos machos que los que años atrás se envanecían de sus retorcidos mostachos”.⁵⁰ Una prueba de esto último lo ofrece el rutilante ascenso de Rodolfo Valentino, la estrella cinematográfica que captó como nadie la atención femenina en la primera mitad de la década de 1920 (Pujol 2018). La formidable capacidad de seducción de ese hombre de cara lavada revela que el vello facial como sinécdoque de la masculinidad había perdido valor. El *dictum* de Maupassant era cosa del pasado.

Con su habitual agudeza, Roberto Arlt captó la degradación que, en poco más de una década, privó de prestigio al vello facial. En uno de sus retratos de costumbres aparecido en el diario *El Mundo* en junio de 1931, titulado “El ‘tegobi’ en la ‘struggle for bife’”, el cronista (que, por supuesto, se contaba en las filas de los rasurados) señalaba que, en ciertos contextos, un gran bigote podía servir para reforzar una imagen de honestidad y solvencia profesional. Esto, sin embargo, sólo valía para figuras sociales de rasgos muy singulares y, en todos los casos, de escaso porte económico y todavía menos prestigio social.

En el variopinto conjunto de tipos humanos a los que el bigote otorgaba mayor prestancia, sugería Arlt, se encontraban los inmigrantes del Imperio Otomano, los dueños de lecherías, los corredores de comercio que trajinaban las rutas del interior, los impresores catalanes. Al momento de enfocar la lente sobre los portadores de bigote, el cronista de *El Mundo* optó por destacar a un grupo muy específico: los cuadros subalternos de la policía. Entre ellos, decía Arlt, abundaban los “mostachos como ma-

50 *Caras y Caretas*, 4/10/1924, p. 80.

nubrios de bicicleta y que en buen italiano se denominan 'baffi'. Y a continuación se preguntaba: "¿Quién de vosotros no ha visto, alguna vez en su vida, a un sargento de bomberos paseándose por la plaza de la Victoria o de Mayo en compañía de una robusta cocinera? ... Casi todos gastan mostachos de una longitud de veinte centímetros".⁵¹

Este testimonio nos confirma que la historia del bigote como sinécdoque de la masculinidad se había acabado. En años posteriores, el bigote continuó retrocediendo. Los ampulosos bigotes del novecientos se convirtieron en una rareza. Pese a su creciente recato, el bigote continuó perdiendo fieles. Nos lo confirma Ernesto Goldar: "¿Quién se anima a usarlo en los años cincuenta? En primer término, es considerado una antigüedad, aunque les está permitido mostrarlo a policías, hipermachistas o extravagantes tardíos, como Alfredo Palacios" (Goldar 1980, p. 69). Con sus bigotes raleados por la declinación biológica, el Palacios de mitad de siglo era un sobreviviente de otra era. Por supuesto, la lista de amantes del bigote podría extenderse más allá de lo que sugiere este discípulo de Jauretche, sobre todo en ámbitos donde se escenificaba el poder masculino. Así, por ejemplo, de José Espejo a José Ignacio Rucci, el bigote siguió cultivándose en el mundo sindical. El registro fotográfico también nos revela su presencia entre las clases medias y populares. No hay duda, sin embargo, de que el bigote estaba en retroceso frente a la cara limpia y, además, se estaba tornando menos conspicuo que el del cambio de siglo. Esto último se observa bien entre los hombres de armas.⁵² Allí también el precio que el bigote debió pagar para sobrevivir fue disimularse o degradarse. Ya no más "baffi" ni émulos de Uriburu en destacamentos y cuarteles.

Por otra parte, que buena parte del cuerpo de oficiales de las fuerzas armadas de las décadas centrales del siglo xx ya no luciera bigote nos indica que este símbolo de virilidad había perdido relevancia en la cima de la cofradía militar. De hecho, no lo lucieron ni Farrell ni Perón, y tampoco Aramburu o Rojas. Comparado con el bigote de Uriburu, el de Onganía –embarcado él mismo en una feroz lucha contra el pelo juvenil– fue austero y comedido, como lo fue luego el de Videla. De hecho, y en continuidad con lo que observara Arlt, los principales baluartes del bigote parecen haber sido los suboficiales del ejército y, sobre todo, aquellas ramas de las fuerzas de seguridad más huérfanas de reconocimiento social (la gendarmería, el servicio penitenciario, la policía). La moraleja parece clara: cuando menor era el prestigio profesional, más frecuente resultó el recurso al suplemento de autoridad que ofrecía este añejo distintivo de la comunidad guerrera. Pero, en esa era de pelos domesticados, tampoco allí había lugar para bigotes "extravagantes".

Todo esto nos ayuda a entender por qué, a diferencia de lo que había sucedido en tiempos del joven Engels, los críticos de izquierda del orden establecido de las décadas de 1960 y 1970 se sintieron más cómodos con la barba que con el bigote. Los vientos

51 Arlt, "El 'tegorbi' en la 'struggle for bife'", *El Mundo*, 16/6/1931.

52 Una introducción a las transformaciones de la masculinidad en las últimas décadas en Insausti y Ben 2017.

que soplaban desde la Cuba revolucionaria no fueron el único estímulo para avanzar por esta senda, toda vez que, para entonces, los amantes del bigote estaban, casi todos ellos, del otro lado de la trinchera estética y político-ideológica. Soldados, policías, gendarmes, guardiacárceles: esos varones consagrados a cultivar y ejercer la autoridad fueron el auténtico santuario del bigote de nuestro "corto" siglo xx. No es casual que, en la lengua popular, "bigote" sea un apelativo que evoca algunos de estos pequeños déspotas, como el policía de calle.

Desde hace dos o tres décadas, sin embargo, estos amantes del orden ya no están solos, ni imponen las reglas de los juegos de oposiciones que el bigote hace posible. En estos tiempos de neutralización de las diferencias en los estilos de lucir el pelo entre géneros y de ocaso de los cánones de masculinidad a los que adscribieron Pellegrini, Uriburu y Palacios, el señorío sobre el bigote les está siendo disputado por movimientos en favor del pelo en el rostro donde no faltan los militantes de la causa de los derechos de esas minorías de género que en su momento este adorno facial tanto sirvió para humillar y estigmatizar. Hay algo de paradójico en el hecho de que, en muchos casos, sean los miembros de estas minorías los que hoy ostentan los bigotes más prominentes, los más orgullosos e idiosincráticos y, sobre todo, los que desafían al que, recatado y modesto, suelen cultivar los integrantes de la comunidad de las armas. Y esta última metamorfosis, amén de ofrecernos una prueba adicional sobre la historicidad de los estilos de lucir el pelo, nos recuerda que, al calor de las disputas contemporáneas sobre el significado del cuerpo del varón, la historia del bigote está lejos de haber llegado a su última estación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLEMANDI, C. L., 2017. *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo xix y principios del xx)*. Buenos Aires: Editorial Teseo / Universidad de San Andrés.
- AMIGO, R., 2013. Carlos Morel. El costumbrismo federal. *Caiana. Revista de Historia del Arte y Cultura Visual del Centro Argentino de Investigadores de Arte*, vol. 3. Disponible en: http://caiana.caia.org.ar/template/caiana.php?pag=articles/article_2.php&obj=115&vol=3.
- BARRY, V., 2009. Orden en Buenos Aires. Policías y modernización policial, 1890-1910. Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de San Martín / Instituto de Altos Estudios Sociales.
- BARTLETT, R., 1994. Symbolic Meaning of Hair in the Middle Ages. *Transactions of the Royal Historical Society*, n.º 4, pp. 43-60.
- BROMBERGER, C., 2008. Hair: From the West to the Middle East through the Mediterranean. *The Journal of American Folklore*, vol. 121, n.º 482, pp. 379-99.
- BUNDEGAARD, A., 2005. *Muscle and Manliness: The Rise of Sport in American Boarding Schools*. Syracuse, Nueva York: Syracuse University Press.
- BUTLER, J., 1990. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York: Routledge.
- CONNELL, R. W., 1995. *Masculinities*. Cambridge, UK: Polity Press.
- CORSON, R., 1965. *Fashions in Hair: The First Thousand Years*. New York: Hastings House Publishers.

- DEMAREE, D., 2017. Growing the natural man: the hirsute face in the antebellum North. *American Nineteenth Century History*, vol. 18, n.º 2, pp. 159-176.
- DI MEGLIO, G., 2007. ¡Mueran los Salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempo de Rosas. Buenos Aires: Sudamericana.
- EVANS, J. & WITHEY, A. (editores), 2018. *New Perspectives on the History of Facial Hair: Framing the Face*. Londres: Palgrave Macmillan.
- FISHER, W., 2001. The Renaissance Beard: Masculinity in Early Modern England. *Renaissance Quarterly*, vol. 54, n.º 1, pp. 155-187.
- FRENCH, W. E. & BLISS, K. E. (editores), 2007. *Sexuality, and Power in Latin America since Independence*. Lanham, MD: Jaguar Books, Rowman and Littlefield.
- GOLDAR, E., 1980. *Buenos Aires: vida cotidiana en la década del 50*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- IBARGUREN, C., 1930. *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su tiempo, su drama*. Buenos Aires: La Facultad.
- HALPERIN DONGHI, T., 2001. Los orígenes de la nación, un tema que retorna. *Entrepasados*, año X, n.º 20/21, pp. 143-60.
- HORA, R., 2014. *Historia del turf argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- HORA, R., 2019. Izquierda y clases populares en Argentina, 1880-1945. *Prismas. Revista de historia intelectual*, n.º 23, pp. 53-75.
- HORA, R., 2020. Trabajadores, protesta obrera y orden oligárquico. Argentina, 1880-1900. *Desarrollo Económico*, n.º 229, pp. 329-60.
- INSAUSTI, S. J. & PERALTA, J. L., 2018. Cuaderno bibliográfico: estudios sobre masculinidades y diversidad sexual en Argentina. *Anclajes*, vol. XXII, n.º 3, pp. 91-117.
- INSAUSTI, S. J. & BEN, P., 2017. ¡Eramos tan diferentes y nos parecemos tanto! Cambios en las masculinidades hétero y homosexuales durante las últimas cuatro décadas en Argentina. En MARISTANY, J. & PERALTA, J. L. (comp.), *Cuerpos minados: Masculinidades argentinas*. La Plata: Universidad Nacional de la Plata, pp. 29-48.
- KIMMEL, M., 2011. *Manhood in America: A Cultural History*. Nueva York: Oxford University Press.
- LOSADA, L., 2008. *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- MAXWELL, A., 2015. The Handsome Man with Hungarian Moustache and Beard. National Moustaches in Habsburg Hungary. *Cultural and Social History*, vol. 12, n.º 1, pp. 51-76.
- OLDSTONE-MOORE, C., 2005. The Beard Movement in Victorian Britain. *Victorian Studies*, vol. 48, n.º 1, pp. 7-34.
- OLDSTONE-MOORE, C., 2011. *Mustaches and Masculine Codes in Twentieth-Century America*. *Journal of Social History*, vol. 45, n.º 1, pp. 49-55.
- OLDSTONE-MOORE, C., 2015. *Of Beards and Men: The Revealing History of Facial Hair*. Chicago: University of Chicago Press.
- ORIARD, M., 1993. *Reading Football: How the Popular Press Created an American Spectacle*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- PALOMBO, G. 2005. El bigote federal. *El Resero*, vol. 4, n.º 35.
- PELUFFO, A. & SÁNCHEZ PRADO, I. M. (editores), 2010. *Entre hombres: masculinidades del siglo XIX en América Latina*. Frankfurt: Iberoamericana.
- PETERKIN, A., 2001. *One Thousand Beards: A Cultural History of Facial Hair*. Vancouver: Arsenal Pulp Press.
- PUJOL, S., 2018. *Valentino en Buenos Aires. Los años veinte y el espectáculo*. Buenos Aires: El Gourmet Musical.
- ROSENTHAL, A., 2004. Raising Hair. *Eighteenth-Century Studies*, vol. 38, n.º 1, pp. 1-16.
- RUBENSTEIN, A. 2009. La guerra contra «las pelonas». Las mujeres modernas y sus enemigos, Ciudad de México, 1924. En CANO, G., KAY VAUGHAN, M. & OLCOTT, J. (editoras), *Género, poder y política en el México posrevolucionario*. México: FCE, pp. 91-126.
- SALVATORE, R., 2018. *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas*. Buenos Aires: Prometeo.

- SCOTT, J., 1986. Gender: A Useful Category of Historical Analysis. *American Historical Review*, vol. 91, n.º 5, pp. 1053-1075.
- SYNNOTT, A., 1987. Shame and Glory: A Sociology of Hair. *The British Journal of Sociology*, vol. 38, n.º 3, pp. 381-413.
- TOSH, J., 2005. Masculinities in an Industrializing Society: Britain, 1800–1914. *Journal of British Studies*, vol. 44, n.º 2, pp. 330-42.
- TOSSOUNIAN, C., 2020. *La Joven Moderna in the Interwar Period: Gender, Nation and Popular Culture*. Florida: University of Florida Press.
- WALTON, S., 2008. From Squalid Impropriety to Manly Respectability: The revival of Beards, Mustaches and Marital Values in the 1850s in England. *Nineteenth-Century Contexts* vol. 30, n.º 3, pp. 229–245.
- ZDATNY, S., 1996. La mode à la garçon, 1900-1925: Une histoire sociale des coupes de cheveux, *Le mouvement social*, n.º 174, pp. 23-65.
- ZUBIZARRETA, I., 2018. Variables conspirativas contra el régimen de Juan Manuel de Rosas: entre imaginarios y prácticas (1829-1852). *Anuario IHES*, vol. 33, n.º 2, pp. 169-187.